

por lo que suele llamarse *pundonor*, estos servidores, estos lacayos despreciables del imperialismo?" La respuesta para Centro América es la misma en el resto de nuestros países. Porque los gobiernos de aquí, los cónclaves de latifundistas, vagos de profesión, militares o clérigos, sólo están defendiendo su autopotestad política, agraria y religiosa, sin que nada les importe la tragedia colectiva, la tragedia económica de los siervos. Los indios son menos que una piara de cerdos; los "cholos" o mestizos apenas sirven para esbirros, aduladores, mayoresales o capataces; los trabajadores de la ciudad no están organizados y con ellos o sin ellos se triunfa en las urnas electorales, ¡y eso es lo importante! Respecto de los intelectuales, los gobernantes y los militares que dominan están seguros de que esta casta de versificadores y de muñidores de novelas, de que estos hombres de letras, cuando no son serviles y babosos, constituyen "minoría borracha de entusiasmos", a la que se convierte con empleos, granjerías, prebendas, secretariados, becas, etc.; y si son reacios se les elimina fácilmente reduciéndolos a prisión, deportándolos o matándolos.

En discursos parlamentarios, en artículos de periódicos venales y hasta en paraninfos de universidades se ha venido hablando de la **política del buen vecino**. Prueba de esa política salvadora es la invitación del excelente señor Roosevelt a la Conferencia de Paz. Es momento de que los pueblos latinoamericanos, estas masas hambrientas y desnudas tengan paz para que reinen los tiranos. Así le conviene al "buen vecino". Así continúan invadiendo nuestra política interna los Sumner Welles. De esa manera habrá una paz sin manifestaciones de protesta, no obstante que el imperialismo, por ejemplo, está violando el tratado Bunnau-Varilla que no permite la militarización del Canal de Panamá; y ha hecho allí, allí precisamente, una red de fortificaciones para una futura guerra del Pacífico. Esa es la paz que les conviene a los anglosajones para hacer política de dogal. Una paz cimentada, por otra parte, con carreteras interamericanas a través de pequeñas repúblicas inermes. Quieren los del Norte, del Caribe al Cabo de Hornos, la paz de los muertos. Y ahogarán los gritos de rebelión con ametralladoras automáticas.

La cuestión fundamental e incontrovertible es domesticar a los pueblos, a la gran masa, para que en el momento preciso vayan a matar a otros pueblos, a otra gran masa. Y así tenemos el caso presente de mi país, el Ecuador, en donde se dice en boletines y llamamientos a la ciudadanía paupérrima que debe ponerse punto final a la invasión del vecino. Las mismas palabras, estoy seguro, ha dicho Benavides en el Perú y las ha repetido su cohorte de aprovechados. ¡Graciosa paradoja! Los indios de América, estos seres anónimos y desgraciados, invadiendo tierras ajenas, tierras que en un tiempo fueron del Incario, mientras que los rubios de allá, los de Norte América, nos han estado invadiendo desde hace muchos años y nadie protesta sino que se les da la mano. Es demasiado pueril esta invasión de "casa adentro". Y el gran error se debe a nuestros mismos pueblos, a nuestros gobernantes que no moldearon su personalidad y que no hicieron un frente común para evitar esta nueva etapa de invasión a la inversa.

Es muy natural que las **cancillerías beligerantes** traten de unir —para su exclusivo beneficio—, a los desheredados, a los que en la vida pública no tienen siquiera derechos ciudadanos; unirlos para que vayan a pelear por una triste quimera, por unos límites que ni las pomposas Juntas Consultivas saben dónde se encuentran ni por qué existen. Pero frente a la actitud "pacifista" de Washington y de los prestamistas de Nueva York; frente al patriotismo de los políticos y a las conferencias de paz inspiradas por los Sumner Welles, están alerta las diversas organizaciones revolucionarias indoamericanas, y los fuertes grupos de vanguardia que han resuelto crear la **Internacional Socialista Hispanoamericana**. "Es-

ta idea de la Internacional Socialista Hispanoamericana —dicen en reciente correspondencia Vicente Sáenz y el líder puertorriqueño Antonio Pacheco Padró— está latente y cada día se hace sentir con mayor fuerza. Se nos sugiere que sean invitados al movimiento de unificación los partidos apristas latinoamericanos, en lo que de lleno estamos conformes; porque si hay alguna lucha realista y sincera en América, divorciada de utopías y de "snobismos", es sin duda la que está llevando a cabo el aprismo".

Pese a los grandes intereses imperialistas y a la fobia mortal de los criollos obsecados, es seguro que ha de cuajar la organización de nuestra propia Internacional, lo que salvará a pueblos que tienen comunes aspiraciones y comunes derechos a una vida mejor. Washington se opone a que se forme este frente único. Y la oposición será mayor a medida que crezca el movimiento porque sabe que nosotros descubriremos la farsa de todas sus doctrinas, y que estamos en posibilidad de demostrar hasta dónde llegan el poder y el dominio de la Standard Oil Company, de la Bond and Share Company, de la United Fruit Company y de cien compañías explotadoras más.

Es un deber de todos nosotros proclamar que el indio y el mestizo han sido en nuestras democracias menos que bestias de carga. Se les ha despojado hasta de su mentalidad. Han sido apaleados en calles, campos y plazas, invocando el espíritu de una moralidad pública, convertida en leyes por los explotadores. Y ahora el indio, el mestizo, el apaleado, el explotado, deben ser "patriotas", no desmintiendo las glorias de Bolívar, de Sucre, de La Mar, a quienes cantaron poetas homéricos como José Joaquín de Olmedo y Numa Pompilio Llona.

El indio, el montuvio y el mestizo fueron materia prima de explotación, cera maleable del amo, del político y del clero. El amo, el señor feudal, le robó sus tierras y le incendió sus sembradíos; le quitó sus aguas y hasta se llevó a sus hijos. El político hizo de la masa trabajadora instrumento fácil de "popularidad", haciéndola desfilar por calles y avenidas, comprando su conciencia y contestando con saludos y sonrisas a sus vivas estentóreos. Y al clero, por fin, le tocó la parte espiritual, aunque a veces en lugar de conquistar almas para el cielo sólo trasquilase los espíritus, hasta dejarlos convertidos en vil materia.

Sangre exige la sed voraz del rubio imperialista, porque él sabe que con sangre se extraen petróleo, oro, hierro, hulla. La sangre del indio, del montuvio y del mestizo es el mejor abono para la cosecha del buen vecino y para el éxito financiero del monopolio norteamericano. Las capcillerías beligerantes pretenden seguir su política de entreguismo, atando los derechos de Indoamérica para que caigan en poder del poderoso extranjero. Pero eso toca a su fin, por mucho que se opongan el imperialismo y sus aliados criollos. Se nos quiere echar al precipicio. Y no piensan los torturadores que de toda esta descomposición ya no saltará la mazorca de oro sino la protesta efectiva, la protesta revolucionaria de una raza que rompe las ligaduras de la esclavitud.

Quito, Ecuador, mayo de 1936.

NOTA.—Pie de la página 16.—Párrafo acerca de Sumner Welles no es continuación del artículo de Francisco Zamora.—Dice: enemigo número uno de la América Latina.—Debe decir: enemigo público número uno de la América Latina